



GLOTTOPOL

Revue de sociolinguistique en ligne
n°32 – juillet 2019

**Gltopolítica - Langage et luttes sociales
dans l'espace hispano-lusophone** [édition
bilingue : *Lenguaje y luchas sociales en el
espacio hispano-lusófono*]

Numéro dirigé par Elvira Arnoux, José del
Valle, Alexandre Duchêne

SOMMAIRE - ÍNDICE

- Elvira Arnoux, José del Valle, Alexandre Duchêne : *Glottopolitique – gltopolítica : circulation, appropriation et expansion d'une lecture sociale du langage*
- Elvira Arnoux : *La Glottopolitique : les transformations d'un champ disciplinaire* (1^{re} édition 2000), traduit de l'espagnol par Isabelle Laroche.
- José del Valle : *La perspective glottopolitique et la normativité* (1^{re} édition, 2017), traduit de l'espagnol par Caroline Dubois.
- Louis Guespin & Jean-Baptiste Marcellesi : *Hacia la gltopolítica* (1^{ra} edición : 1986), traducido del francés por José del Valle.
- Pablo Albertoni : *Reivindicaciones gltopolíticas en espacios de tensión: la frontera uruguayo-brasileña*. Traduction en français par Iván Jiménez : *Revendications gltopolitiques dans des espaces de tension : la frontière uruguayo-brésilienne*.
- Diego Bentivegna : *Poliglofías americanas. Fantasmagorías gltopolíticas en Ricardo Rojas y Roberto Lehmann-Nitsche*. Traduction en français par Clara Mortamet : *Polyglophies américaines. Fantasmagories gltopolitiques chez Ricardo Rojas et Roberto Lehmann-Nitsche*.
- Carolina Chaves O'Flynn : *Lengua, política y moral: Intervenciones gltopolíticas de Félix Restrepo, S. J. durante el siglo XX en Colombia*. Traduction en français par Céline Alcade : *Langue, politique et morale : interventions gltopolitiques de Félix Restrepo, S. J. durant le XX^e siècle*.
- Xoan Carlos Lagares : *Linguistas na berlinda: a polémica normativa no Brasil*. Traduction en français par Patricia Lambert : *Des linguistes sur la sellette : la querelle normative au Brésil*.
- Daniela Lauria : *La institucionalización de la política lingüística panhispanica hoy. Tensiones por la "Marca España*. Traduction en français par Francesco Screti avec la collaboration d'Isabelle Affolter : *L'institutionnalisation de la politique linguistique panhispanique aujourd'hui. Tensions pour la « Marca España [marque espagne] »*
- Mariela Oroño : *La RAE y los intelectuales americanos de fines del siglo XIX: el caso del uruguayo Juan Zorrilla de San Martín*. Traduction en français par Jean Le Dû : *La Real Academia Española [RAE] et les intellectuels latino-américains de la fin du XIX^e siècle : le cas de l'Uruguayen Juan Zorrilla de San Martín*.

Compte-rendu

- Marisa Cavalli : *La langue et le clocher – Les enseignants de français en Italie et d'italien en France*, de **Merlo, J.-O.**, 2018, Paris, L'Harmattan, 234 p. ISBN : 978-2-343-15815-0

HACIA LA GLOTOPOLÍTICA

“Pour la glottopolitique”, 1986, *Glottopolitique, Langages*, n°83, pp. 5-34, Larousse, reproduit avec l’autorisation de l’éditeur.

Louis Guespin, Jean-Baptiste Marcellesi

Université de Rouen

Traducido del francés por José del Valle

1. Una necesidad

1.1. A propósito del término

A nadie se le ocurriría en Francia negar la utilidad de la acción política sobre el lenguaje en otros países. Es difícil imaginar cómo podríamos ignorar la importancia de esta práctica en países como Quebec o Cataluña dada la cantidad de trabajos que existen al respecto. Baste con hacer mención de algunas publicaciones fácilmente accesibles: Martin (1981), Bedard y Maurais (1983) y Maurais (1985) para Quebec; Kremntiz (1980, 1981), Puig Montero (1985) y Vallverdu (1985) para Cataluña.

En nuestro país también ha habido “políticas lingüísticas”, caracterizadas además por una bien conocida eficacia. De acuerdo con los argumentos de R. Balibar (1985), ¿no nació acaso nuestra propia lengua de un acto de reconocimiento-nacimiento como el que define Marcellesi (1984b)? Sin embargo, tendemos a centrar la atención en el primer término del sintagma, y los lingüistas, al estar poco solicitados, se sienten poco comprometidos. La existencia de un servicio ministerial con ese nombre no es necesariamente movilizadora.

Son sin embargo otras consideraciones las que nos han llevado a preferir un neologismo frente a expresiones tales como *política lingüística* o *planificación lingüística*. Sin haberla inventado nosotros, hemos propuesto la palabra “glotopolítica” con motivo de un simposio cuyas actas acaban de aparecer (Winther, 1985). Ya ofrecimos en Guespin (1985b) las razones que nos llevaron a utilizar este término: básicamente, a nuestro entender, ofrece la ventaja de neutralizar, sin necesidad de justificación, la oposición entre lengua y habla. Nos remite a las diversas aproximaciones que una sociedad adopta hacia el lenguaje, ya sea de manera consciente o no. Hacia la lengua cuando, por ejemplo, la sociedad legisla sobre el estatus relativo del francés y las lenguas minoritarias; hacia el habla cuando se reprime un determinado uso en un contexto dado; y hacia el discurso cuando la escuela hace materia de examen la producción de un determinado tipo de texto. *Glottopolítica* es necesaria para incluir

todos los hechos del lenguaje en los que la acción de la sociedad reviste la forma de lo político.

Estas consideraciones no pretenden en absoluto jubilar los términos “planificación lingüística” o “política de la lengua”. Pero hay que tener en cuenta que toda decisión de política de la lengua, si llega a ser puesta en práctica, tendrá necesariamente consecuencias glotopolíticas. Esto es precisamente lo que expresa la distinción anglosajona entre *language corpus planning* y *language status planning* (Pool, 1979).

1.2. Perspectivas generales

Para dar una primera idea de los problemas, utilizaremos a Meisel (1981), que estudió paralelamente la Comisión Federal de Bilingüismo y Biculturalismo (Ottawa, 1963) y la Comisión de Derechos Lingüísticos de Quebec (Quebec, 1968). Se invita al lector a plantearse una serie de preguntas; observar cómo se elaboran las políticas de la lengua es contraer el deseo de que las cosas cambien. ¿Cómo interpelar a las fuerzas reales, a los interesados, sean quienes sean? ¿Cómo conseguir un registro más verdadero de los hechos lingüísticos? ¿Cómo moverse hacia una negociación verdaderamente abierta a todos los hablantes y a todos los intereses lingüísticos?

Las políticas lingüísticas están destinadas al fracaso si no se cumplen dos condiciones: una reflexión de fondo sobre la investigación e información lingüística y un avance importante en la comprensión del cambio lingüístico.

1.2.1. Es necesaria una política de información lingüística

Acabamos de considerar el mejor de los casos, aquel en que la identificación de una necesidad lleva a que un gobierno decida constituir una comisión. Pero incluso esta situación suscita bastantes reservas: el carácter democrático de las decisiones no está plenamente asegurado; todavía hay que mantener un equilibrio entre los grupos de presión, pero la presencia de representantes de los distintos sectores interesados no está garantizada; no se trata en realidad de intentar hacer participar al conjunto de ciudadanos en las decisiones glotopolíticas.

Una política democrática de la lengua requiere información lingüística en dos direcciones.

La de quienes deciden, que deben ser conscientes de que las medidas glotopolíticas sólo son eficaces si los hablantes están convencidos de su validez. Y se trata simplemente de realizar un mejor despliegue retórico sino de que todos los hablantes participen en la investigación, en la discusión y en la decisión. Por eso los problemas que sean sometidos a debate tendrán necesariamente otras dimensiones además de las lingüísticas propiamente dichas. Los responsables deben entender que, lejos de organizar simplemente un debate sobre la lengua, están inevitablemente metidos en una confrontación sobre la interacción entre identidad social y prácticas lingüísticas.

Esta confrontación tiene posibilidades de ser superada sólo si a la masa de hablantes se le da el poder de participar en la reflexión, formular problemas y superar las afirmaciones del pseudosentido común. Es por ello que es necesaria una amplia política de información lingüística para problematizar certezas demasiado cómodas susceptibles de bloquear el debate. Por ejemplo, la negación del derecho de otros a la palabra está en gran medida aceptada; y, sin embargo, en tanto que toda persona es usuaria del lenguaje, todos pueden hablar de sus necesidades lingüísticas; y sería importante que todos pudieran formar sus representaciones lingüísticas desde la libertad que da el conocimiento.

1.2.2. El rol glotopolítico del lingüista

Los lingüistas no siempre son conscientes del rol glotopolítico que les toca jugar. Sabemos que en el siglo diecinueve se retiraron al Aventino: hicieron excelentes investigaciones pero

separadas de cualquier utilidad social. En el veinte, el saussurismo y el chomskismo tuvieron efectos similares. Se podría hablar de la ideología descriptiva de los lingüistas. Pero la coyuntura está cambiando. W. Labov, por ejemplo, es consciente de las implicaciones sociopolíticas de su investigación. Y lo mismo B. Terchtmeier (1985): “El lingüista no debe limitarse a analizar los cambios del comportamiento verbal — en el sentido amplio del término que incluye el cambio de la superficie verbal — y a educar a los hablantes. Al contrario, su tarea (...) es influir en la opinión pública y estar atento a la codificación de estos cambios”. Para P. Gardy (1985), cuando una lengua minorizada llega a un estado verdaderamente patológico pero la reivindicación lingüística e identitaria se mantiene viva, es poco lo que pueden hacer los actores tradicionales. Según estén de acuerdo o no con las “horas de occitano”, con seguridad implementarán políticas de la lengua distintas, pero actuarán sin saber adónde se dirigen.

Por todo esto, el rol del lingüista es necesario. Sólo él podrá aportar “un repertorio de funciones lingüísticas para el occitano capaces de apoyar la implantación, ante el proceso de reducción a patois, de un deseo por el occitano”; sólo el lingüista podrá proponer, para el proceso de resurgimiento, una “norma problemática de equilibrio”.

1.2.3. La lucha contra los prejuicios lingüísticos

Los lingüistas no están libres de prejuicios. Ha habido por ejemplo toda una tradición que atribuía al bilingüismo precoz los más graves inconvenientes. F. Prudent (1981) ha reunido un despiadado repertorio de lugares comunes sobre este tema. Entre los autores por lo demás serios, de Pichon a Jespersen, el “sentido común” ha consistido en representar el bilingüismo como una “enfermedad”. Este prejuicio perdura, por ejemplo, en el caso de J. A. Laponce (1981), que también dramatiza terriblemente la situación del hablante bilingüe y el precio del bilingüismo.

Reclamar un rol mayor para los lingüistas en el debate glotopolítico significa necesariamente exigirles que exporten lo mejor de su disciplina, y que revisen los conceptos y los métodos que ya han tenido su momento. Este nuevo rol exigirá un nuevo rigor deontológico y la integración de numerosos conocimientos.

1.2.4. El avance en el conocimiento del cambio lingüístico

Para entender cómo se puede actuar deliberadamente sobre la lengua, es necesario saber cuáles son las condiciones y procesos de cambio “espontáneo”, es decir, las innovaciones lingüísticas no causadas por una política explícita. ¿Están al corriente los responsables de las fuerzas estructurales que están en juego (dinámica de sistemas)? ¿Y de las fuerzas sociolingüísticas que están presentes (agente de cambio, fuerzas conservadoras, hablas y discursos de referencia simbólicamente valorizados o minorizados, etcétera)?

También es importante estar informado sobre la variación lingüística. Las decisiones de política de la lengua suelen consistir en la prohibición de algún préstamo o lista de préstamos, o en la imposición de una determinada lengua en la escuela, en los negocios o en la administración. Sin embargo, las cosas no son tan simples. Estas decisiones precocinadas no tienen en cuenta el mercado de intercambios simbólicos ni la complejidad del juego de prácticas lingüísticas. La circular Savary sobre lenguas minoritarias, por ejemplo, estaba llena de buenas intenciones y habría podido dar origen a grandes avances hacia un nuevo equilibrio de prácticas lingüísticas en Francia; pero dar el mismo trato a lenguas que gozan de “buena salud” — como el alsaciano, el vasco o el corso — y a lenguas “troceadas” — según la justa expresión de los occitanistas — (A. Winther, 1985: 61) no carece de problemas. J. Landrecies (1984) analiza con preocupación las desastrosas consecuencias de los imprevistos favores concedidos al picardo, entre otras.

Hay mucho trabajo que hacer para informar a la opinión pública y a los responsables de que sólo cometerán más errores si deciden sustituir la violencia y el desprecio de los centralizadores con una generosidad mal informada. En definitiva, los lingüistas deben acompañar la labor de información hacia el exterior de una intensificación de la investigación en el campo de la glotopolítica. Para ayudar a los hablantes a plantear de manera clara su problema lingüístico, habrá que avanzar en varias direcciones.

Abramos el excelente número del *International Journal of the Sociology of Language* dedicado a *Language and Identity Planning*. El artículo introductorio de J. Pool (1979) se remite, de forma totalmente especulativa, a una sociedad de grupos homogéneos en cuanto a identidad y lengua en la que un miembro del grupo A, “Ma”, que habla por tanto “La”, de pronto “adquiere competencia en Lb, pierde competencia en La, comienza a identificarse como miembro de B o deja de identificarse como miembro de A”. Después de tales premisas, el autor afirma que “si lenguas diferentes influyen de manera diferente el modo de pensar de sus hablantes, como ha planteado la hipótesis” de Whorf (1956), “el hecho de convertirse en hablante de una lengua diferente debería cambiar la manera en que se piensa”.

Sin cuestionar el número del IJSL en su conjunto y ni siquiera el artículo de Pool, ambos sumamente interesantes, sacamos a colación este razonamiento para mostrar en plena acción el peligro de la especulación que ignora la realidad. Nadie habla una lengua exclusivamente específica de un grupo, nadie adquiere competencias en una lengua extranjera sin otras transformaciones, etcétera. Al acudir a estas abstracciones, estamos invocando automáticamente a Whorf y a la metafísica.

Es necesario situar al individuo en la sociedad, hacerlo aparecer como un ser social. Podemos apoyarnos por ejemplo en las consideraciones de D. Faïta (1985), quien, en su estudio sobre el diálogo entre médicos y trabajadores en la experiencia mutualista, escribe lo siguiente: “Sin duda, sería interesante profundizar en el potencial expresivo que puede albergar (...) el hablante colectivo formado por el colectivo del trabajo”. Del mismo modo, abordan este aspecto F. François (1982) y C. Bachmann (1977) sobre la *categorización*, así como Guespin (1984). Analizando desde otro ángulo las relaciones entre sociedad y lenguaje, el concepto de *estructuras de sociabilidad*, tomado de los historiadores, es también candidato a favorecer el avance de la investigación glotopolítica (Guespin 1985a).

La sociolingüística bajo sus distintas formas — los trabajos sobre lenguas minorizadas, los avances de la criollística o la praxemática — ofrece los principales conceptos para pensar la realidad del lenguaje cuando las oposiciones especulativas — fructíferas un tiempo pero ya agotadas — se derrumban. Además, y frente a la tradición saussureana, la lengua hoy día sólo puede ser concebida como una creación continua, permanentemente reinventada. El análisis del discurso francés, el interaccionismo americano y la reedición de Voloshinov (1977) revelan de maneras diversas la necesidad de este tipo de visión del lenguaje: la lengua no preexiste sino que se genera incesantemente en el acto de enunciación.

La proliferación de trabajos sobre el discurso es producto de la necesidad de estudiar la lengua allá donde se renueva, donde se crea día a día: en la interacción lingüística. En este sentido, la perspectiva discursiva incorpora naturalmente la aportación de Palo Alto así como los trabajos de sociolingüística de Labov y los trabajos franceses sobre la categorización. La noción de “no altamente estructurado” de Labov se aproxima a la de “débilmente codificado” de F. François. Los trabajos soviéticos de los años veinte (Bajtín, Voloshinov, Vigotsky) [sirven] para plantear los problemas de una glotopolítica interesada en actuar no sólo sobre el *estatus* de las lenguas sino también sobre las *prácticas lingüísticas* y sobre las relaciones entre pensamiento y lenguaje en el individuo social.

2. Lengua y sociedad hoy

2.1. La doble determinación

No tenemos más opción que referirnos a los dos elementos de la interacción entre lenguaje y sociedad de manera sucesiva. Sin embargo, queremos insistir en la imbricación de los dos fenómenos: toda sociedad humana es lingüística y toda práctica lingüística es social. Y esto tiene consecuencias prácticas: no basta con imponerse un único objeto (ya sea el mantenimiento o transformación de una sociedad, concebida como valor en sí misma, sobre la que se actúa a través de la lengua, o la supervivencia de una lengua sobrevalorada sobre la que se actúa a través de la presión sobre la sociedad). Los principios son abstractos e inmovilistas en ambos casos. La justificación de fondo de la glotopolítica no es el alineamiento de prácticas lingüísticas o sociales con un ideal abstracto de lengua o de sociedad sino el desarrollo de la personalidad social.

2.2. El lenguaje como agencia de socialización

La investigación americana se interesa por la relación entre la planificación lingüística y los procesos identitarios. J. Pool (1979) menciona las distintas consecuencias de la interacción entre lenguaje e identidad. El autor concluye que es necesario saber cómo interactúan lenguaje e identidad y, sobre todo, el cambio lingüístico y el cambio identitario. Se apoya en trabajos interesantes que no obstante, al ser presentados desde el ángulo especulativo de Pool, apenas arrojan luz sobre la identidad. ¿Se trata de un sentimiento de comunidad? ¿Del nacimiento o preservación de una identidad colectiva? ¿De la dinámica de constitución del individuo social? Nos quedamos con la duda.

La escuela americana resulta de interés fundamentalmente por su reflexión sobre las posibles prácticas de manipulación. Por ejemplo, la distinción entre *language status planning* y *language corpus planning* es importante. La planificación del estatus se refiere a las decisiones orientadas a que la gente aprenda y aprecie las lenguas; la planificación del corpus se refiere a las medidas tendentes a acercar las lenguas o a subrayar lo común dentro de las lenguas o entre variedades.

El vínculo establecido entre la planificación de las lenguas y la planificación de la identidad podría ser muy interesante si se definiera la identidad. Por ejemplo, Pool incluye en el *language corpus planning* las políticas de diferenciación lingüística, es decir, los intentos de diferenciar una lengua o un dialecto de otro. Cita el nynorsk, el quebequés literario, etcétera. Sería desde luego interesante estudiar diversas lenguas minoritarias con estos criterios.

J. Pool señala con cierta ironía que las políticas de diferenciación lingüística “van frecuentemente acompañadas de una retórica a la que se adhiere la idea de que la diferenciación lingüística es un poderoso refuerzo en la búsqueda de una identidad separada”. De hecho, las cosas no son tan simples, pero las políticas lingüísticas lo son a veces hasta el extremo del simplismo. Podemos tomar el ejemplo de la Suiza germanófona (Schlapfer, 1985). Al privilegiar, según una tendencia reciente, el alemán suizo a costa del alto alemán, ¿qué quieren y qué hacen exactamente los suizos germanófonos? Podríamos pensar, por un lado, que, al separarse del alemán estándar, renuncian a un aspecto de su identidad o al menos lo limitan. Pero también hay que tener en cuenta la distribución de las lenguas en Suiza en su conjunto, y notar que esta tendencia modifica una característica del juego propio de su país, donde las tres lenguas principales están inscritas en lenguas más o menos internacionales: el francés, el alemán y el italiano.

Un artículo de J. A. Lefevre (1979) tiene el interés de plantear el problema de la relación entre lenguaje e identidad *desde el punto de vista del proceso*. De este modo, el autor

distingue entre la *categoría lingüística* (conjunto de individuos descritos como en posesión del mismo sistema de comunicación) y el *grupo lingüístico* (el mismo conjunto, pero siempre y cuando sea consciente del carácter particular de su sistema de comunicación). Se puede estudiar el proceso de *identificación lingüística*, es decir, el paso de una identidad lingüística latente a una identidad lingüística manifiesta: “Si los actores sociales concuerdan en la definición de una comunidad lingüística y localizan cada vez más conscientemente una parte de su identidad personal al participar en esta comunidad, entonces hay identificación lingüística” (Lefevre, 1979).

El autor distingue entre dos procesos de identificación: la identificación histórica y la identificación estructural. Esta última consiste en “identificarse con un grupo que se organiza sobre la base de un pasado cultural”. El concepto de identificación histórica es más reciente y sería obra de intelectuales. La entidad a la que se aspira es una ficción, “un grupo hipotético y potencial”; y “todo ocurre como si una cultura, no reconocida oficialmente por quienes ostentan el poder, pudiera existir antes que un grupo real, como si la esencia de un grupo precediera a su existencia”. En este caso, “los intelectuales forjan el mito de un grupo lingüístico al referirse a la historia de una cultura particular cuya lengua es uno de los más visibles pilares”. Esta investigación es importante para el reconocimiento de las fuerzas glotopolíticas erróneamente identificadas que juegan un papel en el proceso identitario. Si tomamos como ejemplo el occitano, vemos que no hay solamente reivindicación occitana sino también construcción de la occitanidad por parte de los intelectuales según una identificación mítica apoyada en hechos reales. A partir de aquí el proceso puede llegar a la necesidad de construir la lengua literaria (Gardy, 1984).

Dicho esto, aún no hemos considerado todas las dimensiones de la relación entre lenguaje y sociedad. Curiosamente, la polarización de los responsables de políticas de la lengua se reproduce en los trabajos de investigación. El conjunto constituido por Lamy (1979a), que tiene el mérito de acercar el trabajo sobre la lengua al trabajo sobre la identidad, se plantea exclusivamente el problema de la lengua como factor causal de estructuración de las sociedades. Pero no tener en cuenta el rol del lenguaje como factor de estructuración de los individuos es exponerse a graves errores de razonamiento.

La sociolingüística se ha beneficiado enormemente al prestar atención a los niveles intermedios entre la lengua y el habla. El interés de W. Labov por la estructura discursiva del relato, por ejemplo, ha permitido establecer que, entre las cuestiones relevantes para la lengua de un grupo y para el estilo individual, hay lugar para estrategias discursivas propias de comunidades más pequeñas. Ya hemos señalado el aporte de los conceptos de hablante colectivo y categorización. En el marco de nuestras propuestas para una mayor adaptación de la sociolingüística de acuerdo con los requerimientos de una glotopolítica científica, nos parece importante señalar la necesidad de comprometer la investigación con diversos colectivos sociales. El problema de la singularización lingüística de los colectivos políticos ya ha sido planteado (Marcellesi, 1976). Las estructuras de sociabilidad propuestas por los historiadores merecen la atención del sociolingüista (Guespin, 1985a). Las diversas agencias de socialización y formación de la personalidad son *lugares de lenguaje*; y lo mismo ocurre con el trabajo (Guespin, 1980).

Se plantea además un problema nuevo que la sociolingüística también puede ayudar a resolver. Los responsables glotopolíticos se ven confrontados por un macluhanismo difuso, nueva forma de “sentido común lingüístico”, que flota en el aire de nuestro tiempo. A. Bastardas-Boarda (1985) cita a I. Riera, quien nota “un proceso de desverbalización, real a pesar de la caricatura alarmista” que se toma de los “macluhanianos”. “La palabra pierde y la imagen gana”. Y “habría que superar los argumentos macluhanianos en el sentido de que no sea solo la galaxia Gutenberg, la de la letra escrita, la que es superada sino también la galaxia X, la de la palabra como objeto de conversación: la discusión, la consulta, la admonición, la

confidencia y el regateo”. Se hace un flaco servicio a la claridad del debate glotopolítico si se abusa de Macluhan para superarlo. ¿Qué trabajos comparativos permiten concluir una “desverbalización real”? ¿Qué valor tiene una enumeración en la que el regateo, en claro retroceso en *nuestra* economía, se sitúa en el mismo plano que la discusión, que en absoluto parece amenazada (hace falta recordar la “reunionitis”, tan frecuente en muchos entornos)?

Los estudios se centran en epifenómenos (generalización del teléfono, el recurso a las pantallas en la informática, etcétera) sin tener en cuenta la tendencia esencial de nuestra época: el lenguaje tiende a ser un elemento cada vez más necesario de las comunidades sociales y, por lo mismo, de la personalidad. Un número importante de tareas productivas se realizaba tradicionalmente con un mínimo recurso al habla; sin embargo, ya desde hace un tiempo, una parte esencial de la producción social pasa por las prácticas lingüísticas. La disminución del campesinado y del número de obreros especializados va de la mano de una espectacular extensión del trabajo intelectual a todas las capas salariales. No se dispone de medios para cuantificar globalmente el recurso al lenguaje, ya sea hoy día o “en otro tiempo”, pero hay un hecho que resulta evidente (un hecho que desde luego la sociolingüística debería estudiar y medir): la transformación de las condiciones de producción bajo la acción de la revolución científica y técnica refuerza enormemente el papel de las interacciones verbales de manera desconocida en otro tiempo (es el caso de la interacción verbal entre hombre y máquina, que va a ser cada vez más frecuente). Es sin duda esta nueva característica lo que choca con las descripciones demasiado rápidas y la investigación exclusiva de formas lingüísticas ya etiquetadas.

A nuestro parecer, la acción del lenguaje sobre la sociedad debe ser ampliamente considerada en todo estudio con fines glotopolíticos. En este sentido, queda mucho trabajo por hacer en las zonas intermedias entre la lengua y el habla y entre la sociedad y el individuo si queremos que la sociolingüística alcance un valor orientativo para una glotopolítica adecuada.

2.3. La acción de la sociedad sobre la lengua

Esta acción es un hecho. Es sorprendente constatar que nos hayamos dado cuenta tan recientemente. Señala J. Pool (1979) que, hasta estos últimos años, “los intentos gubernamentales de manejar estos fenómenos (lengua e identidad) habrían parecido demasiado asistemáticos, demasiado naturales o demasiado criminales como para merecer la palabra *planificación*”. De hecho, el problema no se había planteado. Se repetía sin reparo, por sentido común y con el respaldo de Saussure, que nada en la lengua se puede cambiar; y, como excepciones que confirmaban la regla, se mencionaban algunos intentos. Además, la violencia totalitaria de las intervenciones fascistas (K. Bochmann, 1985) había creado un auténtico tabú. “Natural” o “criminal”. Estos términos eran lo que de hecho ocultaba los problemas reales que en definitiva hay que plantearse ... ¿Quién hace las gramáticas? ¿Quién decide sobre el buen uso? ¿Qué pasó en Villers-Cotterets? ¿Qué es un “Diccionario de la Academia”? ¿Qué es una gramática escolar? ¿Quién decreta lo que es el “buen francés”?

Nada de esto pertenece ni al orden de la naturaleza ni al del crimen. Casi da vergüenza decirlo pues debería caer por su propio peso que, al igual que la sociedad o la personalidad humana, la lengua pertenece al orden de la cultura, objeto socializado de arriba abajo. Según Pool, podemos situar hace unos veinte años la toma de conciencia de estos problemas. La fatalidad lingüística ya no es un principio único de investigación y el problema de la norma se plantea en términos más científicos. Ya se trate de ortografía, de gramática o de terminología, de cualquier forma de normativización, siempre se reconoce la acción de la sociedad sobre el lenguaje. El concepto de planificación lingüística es característico de esta novedad; y hay que decir que lo mismo ocurre con el concepto de conflicto lingüístico. Toda planificación

lingüística en una sociedad de clases es necesariamente la política lingüística de una clase dominante aun cuando sea resultado de un compromiso.

El conflicto epistemológico entre la lingüística de sistemas (lingüística saussureana de la lengua) y la lingüística de la interacción verbal necesariamente va a reproducirse aquí. Dicho en pocas palabras, se puede decir que los partidarios de una política de la lengua, de la planificación lingüística, tienden a apoyarse en la lingüística de la lengua, pero es la lingüística de la interacción la que nos lleva necesariamente al estudio científico de las prácticas glotopolíticas.

2.4. Algunos problemas de glotopolítica

2.4.1. La noción de francofonía

He aquí un caso en que cualquier política de la lengua es insuficiente. Esta afirmación puede parecer paradójica. La constitución de una noción de francofonía, con sus países miembros, sus instancias y sus modos de concertación, es una construcción plenamente *política* a partir de una solidaridad sostenida en la *lengua*. Por tanto, creemos que es a este nivel donde una política de la lengua tiene más posibilidades de operar. Sin embargo, el objeto mismo de esta unión, la francofonía, desborda por mucho toda definición de la lengua. La condición misma del éxito de la noción (el interés de la unión, el alcance de las decisiones, el avance del bienestar de los hablantes) es la toma en consideración de prácticas lingüísticas producidas bajo condiciones de extrema diversidad.

Es sumamente importante que lo entendamos cada vez mejor: la gestión de una lengua demanda comisiones, instancias, acciones y medios, financieros y editoriales, que pertenecen al orden de lo político. Pero esta política debe estar informada por un conocimiento de la realidad de las prácticas lingüísticas en los países en cuestión, necesario para la definición negociada de los objetivos (de mantenimiento, transformación u optimización). La relación con el francés estándar, como forma preferencial, opcional o impuesta, de ciertas comunicaciones, escritas u orales, no es evidentemente igual en una comunidad monolingüe (como es el caso de parte de Francia, Quebec, etcétera) que en una comunidad donde el francés escrito u oral es usado junto a una lengua “regional” o minoritaria (varias regiones de Francia), junto a lenguas étnicas (el África negra) o junto a lenguas maternas de base léxica francesa (el caso de los criollos).

La sensibilidad de los responsables y de los hablantes ante la necesidad de acción para el mantenimiento de los grandes grupos lingüísticos, siempre necesariamente “artificiales”, es algo nuevo. Pero las interrogantes que surgen de esta toma de conciencia encuentran a los lingüistas sólo parcialmente preparados. La noción de *lengua vehicular* (bien estudiada por L. J. Calvet 1981) requiere mucha reflexión. Y lo mismo ocurre con la noción de “lengua materna”. ¿Hasta qué punto el conocimiento de un francés regional o de una variedad cualquiera del francés es la llave para el francés estándar, para el francés de la escuela o para el francés de los medios de comunicación? ¿Hasta qué punto la noción de lengua materna incluye las prácticas lingüísticas dominantes dentro de las estructuras de sociabilidad frecuentadas por el niño a lo largo del proceso de formación inicial de la personalidad?

2.4.2. Las lenguas minorizadas

Aquí también el progreso de la toma de conciencia es evidente. Progreso de la toma de conciencia por parte de los hablantes así como, ya lo hemos mencionado, de los intelectuales encargados del proceso de identificación histórica. También por parte de los responsables, que empiezan a superar el simplismo de las respuestas tradicionales a la cuestión de la diglosia. Durante mucho tiempo las actitudes políticas han consistido o bien en practicar lo que se ha llamado jacobinismo lingüístico o bien en estimular la folclorización de la lengua minorizada.

Empezamos a entender mejor el carácter voluntarista de los procesos de construcción-mantenimiento de la comunidad lingüística en relación con la construcción-mantenimiento del consenso identitario. La investigación es cada vez más sensible a las importantes diferencias en las formas de negociación y en las dinámicas que de ellas resultan, como en el caso del corso y del alsaciano.

Las comunidades se vuelven así sensibles a solidaridades hasta ahora mal entendidas. Es significativo, ante las tendencias a privilegiar el alemán suizo a expensas del alemán en el dominio germanófono de Suiza, ver a los francófonos y a los italófonos de la Confederación Helvética explicar su éxito por la cohesión identitaria del conjunto suizo. Si lo analizamos bien, este problema que se plantea en Suiza podría esclarecer muchos problemas franceses relativos a la dialéctica de relaciones entre el francés nacional y las lenguas minoritarias.

Sabemos que la situación glotopolítica de Francia se ha ido desbloqueando desde 1981. Ciertamente, el cambio de gobierno ha jugado su papel. Podemos pensar sin embargo que el progreso que suponen, en relación con la ley Deixonne y sus extensiones, el informe Giordan al Ministro de Cultura (1982) y la circular Savary, se debe también al mayor conocimiento del asunto gracias a los avances de la lingüística de la interacción y a la influencia de la sociolingüística y del estudio de la relación entre lenguaje y personalidad.

3. Las prácticas glotopolíticas

3.1. El hecho glotopolítico

En principio, la política de la lengua está formada por actos concretos y bien diferenciados (decisiones, recomendaciones, creación de instancias, etcétera) que tienen como objeto la acción sobre uno o varios sistemas lingüísticos que también son concebidos como concretos y bien diferenciados. La realidad glotopolítica en cambio está siempre en funcionamiento y remite a prácticas lingüísticas que pertenecen al orden de lo continuo. Por ejemplo, según sean las modalidades usadas en la interacción verbal, no siempre es fácil determinar si un antillano “está hablando francés” o “está hablando criollo” (Merida-Prudent, 1984).

Actos normalmente considerados anodinos o apenas dignos de observación (por ejemplo, el señalamiento de un “error” en relación a una norma) no son automáticamente identificados con una política de la lengua; o, para ser más preciso, la investigación sobre la política de la lengua trata con incomodidad hechos de esta naturaleza. Si el contexto del acto lingüístico es oficial, si la corrección la hace un maestro o si el error resulta en una sanción, el observador sí que lo identificará como un hecho político. Pero si la situación es informal, si el contexto es familiar o si la corrección pertenece al orden de los consejos, se pensará que no hay nada que merezca ser registrado. Ahora bien, la corrección en función de una norma es idéntica en ambos casos. J. P. Kaminker y D. Baggioni (1980) se centran en el principio mismo de la corrección normativa, tanto si la intención es o no política y represiva.

El concepto de glotopolítica permite asegurar a la vez la consideración de la identidad entre estos dos casos y de la especificidad de cada uno. Incluye a la vez las políticas concertadas y los efectos, conscientes o inconscientes, activos o pasivos, de estas políticas.

Así pues, el hecho glotopolítico va de los actos minúsculos y familiares a los que nos acabamos de referir hasta las intervenciones más visibles: decisión que afecta al derecho de un determinado grupo social a tomar la palabra de una determinada forma (escrita, por medio de la hoja de reclamaciones; oral, con la participación en un consejo de administración; televisada, con el derecho a aparecer en antena en caso de presentar una candidatura, etcétera). Estas decisiones pueden hacer referencia a la lengua misma. En tal caso, la glotopolítica incluye la política de la lengua: todos los casos de promoción, prohibición, equipamiento o cambio de estatus de una lengua son hechos eminentemente glotopolíticos. La

política de la lengua es por tanto un caso particular de la glotopolítica que debe ser doblemente estudiado: en su relación de igualdad fundamental con otras formas de glotopolítica y a la vez en su especificidad de único nivel en que intervienen las emociones de las masas, de único dominio donde la intervención política es fácilmente perceptible y donde la relación con la identidad étnica es directamente percibida, etcétera.

El concepto de glotopolítica da cuenta de un eje *vertical* que une el hecho normativo o antinormativo aparentemente más insignificante con los hechos de política de la lengua más sobresalientes. Cubre también un terreno *horizontal* mucho más vasto que el que abarca la noción de política de la lengua, pues la innovación glotopolítica no siempre es percibida como tal. Toda decisión que tiende a modificar las relaciones sociales es, desde el punto de vista lingüístico, una decisión glotopolítica. Podemos tomar como ejemplo las leyes Auroux. Es frecuente pensarlas de acuerdo a su contenido social, como un cambio en los derechos de los trabajadores en la empresa. Pero el lingüista notará además que estas leyes constituyen a un determinado individuo, representante o grupo como *interlocutor legítimo* en una instancia concreta en el seno de la empresa. Desde luego, la medida no pertenece al campo de la política de la lengua pero tiene un importante efecto glotopolítico: incide sobre la puesta en discurso de la economía, las relaciones de producción y el mundo del trabajo. Toda medida que afecta el reparto social de la palabra, incluso si su objetivo no es lingüístico, es glotopolíticamente relevante.

El término glotopolítica puede ser usado con dos fines: para invocar las prácticas y a la vez para referirse al análisis. La glotopolítica es por tanto a la vez una práctica social, a la cual nadie se escapa (“hacemos glotopolítica sin saberlo”, ya seamos simples ciudadanos o ministros de economía), y tiene además vocación de convertirse en disciplina de investigación, una rama hoy necesaria de la sociolingüística. En la siguiente sección, nos ocuparemos de las *prácticas glotopolíticas*.

3.2. Hacia una tipología de las prácticas glotopolíticas

3.2.1. Guespin (1985) ha esbozado una tipología de prácticas glotopolíticas. Distingue entre el liberalismo — que, en su forma absoluta, no ha sido estudiado salvo en el caso de Tánger durante los años 30 (A.P. Salas-Martinelli, 1984) — y el dirigismo.

El liberalismo glotopolítico encuentra apoyo entre algunos lingüistas. Para R. Ruiz (1985), según explica al tratar el inglés de los EEUU, hay gente interesada en hablar de una crisis de lenguas; de todos modos, siempre se ha hablado de crisis de lenguas y, en todo caso, no es cuantificable. El punto de vista liberal adoptado en el artículo está basado en definitiva en la aceptación de una sociedad dual: los entornos intelectuales, al tener necesidades glotopolíticas, son hipersensibles a los problemas lingüísticos; pero, si uno se remite al “mundo del trabajo”, se verá que esta sensibilidad — que se podría incluso ridiculizar — ya no es tan evidente.

Los científicos que se vuelven apologistas del liberalismo de estado básicamente necesitan justificar teóricamente las “tendencias” que afirman describir. Es por ejemplo el caso de la *consociational theory*. Quien desconozca esta novedad, encontrará en J. M. Spina (1979) su explicación y a la vez su clara refutación. Esta teoría estudia las sociedades multilingües y multiculturales (Canadá, Suiza o Bélgica, por ejemplo). Según ella,

- 1) estas sociedades sufrirían si la vinculación a la idea nacional fuera demasiado fuerte. En último término, la ausencia de compromiso con la idea nacional de algún subgrupo no entorpece el funcionamiento del conjunto.
- 2) En estas sociedades, las “elites” surgidas de estos subgrupos tienen estrategias de acomodación que evitan la balcanización. El razonamiento es liberal en un doble sentido:

1) la idea nacional, poco útil, puede resultar perjudicial; y 2) hay que confiar en la autorregulación de los sistemas.

J. M. Spina refuta estas afirmaciones a partir de la situación canadiense. Apoyándose sobre todo en la Comisión de investigación de 1965 sobre bilingüismo y biculturalismo, identifica claramente un vínculo estadístico entre sentimiento nacional y compromiso a favor del bilingüismo. Concluye muy legítimamente que la teoría consociacional de las “dos soledades” es “an old theory in a new guise”. El peligro evidentemente es el del fatalismo, tan cómodo para el razonamiento liberal: esta teoría “puede llevar a los planificadores lingüísticos a ceder ante las presiones para convertir en nueva ortodoxia las afirmaciones tradicionales sobre el carácter “inevitable” de las insuficiencias de la solidaridad social”.

Hemos sido duros en ocasiones al valorar los trabajos que promueven o respaldan el liberalismo glotopolítico. Se puede pensar de hecho que esta actitud es reivindicada de buena fe; pues son muchos los prejuicios antiguos y populares que apuntan en este sentido. Al igual que a J. M. Spina, nos parece difícil aceptar que estos prejuicios den lugar a la aparición de una “nueva ortodoxia”. Sin embargo, hay que preguntarse a quién beneficia el liberalismo glotopolítico. Esta actitud de degradación de los conflictos lingüísticos, que favorece la penetración o mantenimiento de la ideología dominante, nos parece la actitud lingüística preferida por una clase dominante *en fase conservadora*.

No olvidemos que nuestra reflexión gira en torno a las situaciones contemporáneas. El liberalismo es sin duda una política, pero es por principio la política del estado amorfo: la ley de la selva no es una ley. Sin embargo, esta posición glotopolítica es hoy día insostenible: las solidaridades internacionales ya de por sí hacen necesaria la acción del estado (recomendaciones de la UNESCO, textos de Helsinki). Por consiguiente, el liberalismo está necesariamente contaminado. El discurso liberal no es más que la cobertura de intervenciones que benefician a los grupos interesados en la perpetuación de una situación lingüística que les es favorable.

3.2.2. *El dirigismo glotopolítico*

Evidentemente, el dirigismo es una actitud glotopolítica mucho más espectacular que la del liberalismo. La no intervención molesta pero no choca. La muerte de lenguas de acuerdo con la ley de la selva se atribuye a la fatalidad, la inadaptación lingüística de las masas de hablantes se resuelve con su autoculpabilización y con el mutismo social. Frente a esto, el intervencionismo glotopolítico crea necesariamente *acontecimientos*: se elaboran ordenanzas, se establecen relaciones y se dan instrucciones.

Al trabajar con el concepto de glotopolítica, entendemos mejor que el intervencionismo reviste formas muy variadas. Este polimorfismo se debe al aspecto continuo del lenguaje, del habla a la lengua, de la intervención familiar en apariencia menos codificada socialmente al uso más monológico y estereotipado que utiliza normas universalizantes (formularios administrativos, la lengua del derecho, discurso pedagógico, el metalenguaje del diccionario, etcétera).

Si tomamos como ejemplo la ordenanza de Villers-Cotterets, constatamos que se refiere a un uso social concreto. Es a la lengua, pero dentro de un tipo concreto de discurso: la redacción de actas judiciales.

Hemos formulado la hipótesis de que el liberalismo glotopolítico, puro o apoyado en el estado, es el recurso de una clase políticamente conservadora. La hipótesis complementaria considerará el dirigismo glotopolítico como la política lingüística de una formación social en ascenso. No es casualidad que los inicios de los tiempos modernos, la Revolución Francesa o la Revolución Rusa, sean periodos de intensa actividad glotopolítica, si bien en sentidos muy distintos.

Dicho esto, la oposición entre liberalismo y dirigismo no resuelve todos los problemas que se le plantean al análisis. Hemos visto la ambigüedad de ciertas decisiones glotopolíticas, en las que el intervencionismo permite un liberalismo impostado. Queda señalar que, a pesar de Helsinki, aun se puede constatar la existencia de políticas de imposición de una lengua. Pensemos en el caso de las relaciones entre los EEUU y Puerto Rico estudiadas por M. Perl (1985).

3.3. Glotopolítica de ayer y de hoy

Una descripción crítica de las prácticas glotopolíticas podría tener un efecto inhibitorio. El dirigismo puede llevar a los excesos señalados, al tiempo que el inmovilismo, real o afectado, sirve siempre a la reconducción de los mismos intereses. Al hacer la denuncia del liberalismo no estamos condenando en absoluto un proyecto de *libertad de prácticas lingüísticas*. De la misma manera, un análisis del dirigismo glotopolítico como política lingüicida no debe implicar la condena de la idea misma de *gestión de las prácticas lingüísticas*.

Se encontrarán mil testimonios de la necesidad de las acciones glotopolíticas. El caso de Finlandia, a lo largo de su historia y en la actualidad, establece claramente el interés de una política de gestión lingüística minuciosa, honesta y evolutiva. Se puede leer la exposición de este caso en Y. Gambier (1985). La necesidad de estos grandes acuerdos se percibe mucho mejor por medio del contraste: los peligros a los que se expone la Suiza actual quizás provengan del no intervencionismo confederal y de las insuficiencias de las estructuras nacionales de negociación.

Como parte de esta reflexión, es importante distinguir entre defensa, promoción o equipamiento de una lengua y promoción de un sistema de dominación lingüística. H. Gluck y W. Sauer (1985), al estudiar las políticas lingüísticas de la RFA y la RDA, establecen lo que tienen en común y lo que las diferencia. En ambos estados alemanes, se registra la existencia de una actitud glotopolítica orientada a la mejora de las prácticas lingüísticas en el sentido del interés social de los individuos. Sin embargo, si esta tendencia no parece encontrar oposición en la RDA, en la República Federal, se enfrenta a una actitud vehementemente conservadora en realidad basada en el mantenimiento de ventajas sociales: “Hacer crítica lingüística se ha convertido en una cosa seria y un asunto político en la RFA (...) Los autores que ejercen esta crítica hablan del lenguaje pero tienen otra cosa en mente”.

En definitiva, en el marco de una glotopolítica dirigista, hay lugar para un debate sobre la elección entre medidas de incentivación y medidas de prescripción. Es un problema importante, por ejemplo, en Canadá y en China. Desde 1955, Luo Chang Pei demanda que la normalización lingüística en China se cumpla por medio de incentivos más que por la vía institucional. La Constitución de 1982 declara al putonghua “lengua común del país” pero esta decisión no viene acompañada de medidas coercitivas. Yan Jian (1985) resume así la situación actual: “El esfuerzo del gobierno por extender esta lengua común ha cambiado la situación lingüística en China del unilingüismo (uso exclusivo del dialecto) al bilingüismo (uso paralelo del dialecto y del putonghua)”.

Sea amor por la francofonía o gusto por la paradoja, debemos reconocer nuestra debilidad por la glotopolítica quebequesa. Y sin embargo, esta no carece de defectos. A. Martin (1981) dibuja así sus grandes rasgos: “se caracteriza por una ampliación progresiva de los campos de aplicación del intervencionismo lingüístico, por un refinamiento de las modalidades de aplicación de esta legislación y por la afirmación de su carácter coercitivo”. Aquí nos situamos nosotros, declaradamente en las antípodas del liberalismo, pero a favor de una glotopolítica disputable. A. Prujner (1981) señala las innovaciones de la glotopolítica quebequesa. La política lingüística se inserta en el *derecho privado*: “aparición de exigencias formales de contenido lingüístico en las relaciones entre la gente”. Y llega al *derecho penal*: la carta de la lengua francesa (ley 101) instituye una comisión de vigilancia encargada de

tomar acciones penales. Para el autor, esta amenaza no es más que un tigre de papel: “el impacto político de las denuncias las paraliza” pero el instrumento penal “trae aparejadas nuevas restricciones tan difíciles de prever y evaluar como las de otros dominios”. Cuando declaramos una cierta simpatía por la glotopolítica quebequesa, no pretendemos en absoluto elevarla como modelo. Lo que queremos expresar, con cierta ingenuidad, es nuestro interés en una negociación *abierta* del problema: abierta a todos, ciertamente con todas las ventajas y defectos del parlamentarismo y del sistema de grupos de presión (comisiones, influencias diversas, argumentos demagógicos resonando en todas partes), pero por lo mismo gestionadas *ante los ojos de todos*, con plena toma de conciencia de los intereses sociales e identitarios y necesariamente situando el problema del lenguaje a la luz de la situación política. En el fondo, es el compromiso glotopolítico del pueblo quebequés lo que nos gusta, no la glotopolítica de sus políticos.

El trabajo de J. M. Spina (1979) es significativo. Este autor trata con cierta ligereza los análisis hechos a partir de un “point of view with marxist overtones”. Según este punto de vista, caricaturizado apresuradamente, “el conflicto lingüístico no es más que el satélite de un problema más fundamental, la desigualdad económica. De modo que la respuesta a las incomodidades lingüísticas dejaría sin resolver el conflicto fundamental”. Lo que es interesante es que este esqueleto de un razonamiento marxista sobre la cuestión lingüística viene seguido, en varias páginas, por datos tomados de las comisiones canadienses de investigación. ¿Es consciente el autor de sus “tonalidades marxistas” cuando muestra que en Montreal en 1961 un francófono bilingüe gana 1000 dólares más que un francófono monolingüe y que un anglófono monolingüe gana 739 dólares más que un francófono bilingüe? Es decir que la situación canadiense y la forma en que los pueblos canadienses, especialmente en Quebec, han aprendido a apoderarse de la cuestión son tales que la metafísica ha sido claramente superada. Se adopte o no un marco marxista, hay que hablar de lo que Marx llamada “el lenguaje de la vida real”. En Quebec, una glotopolítica intervencionista, represiva y punzante recurre a manipulaciones arriesgadas. Pero esta política, necesaria por la sensibilización de todos al problema del lenguaje, se negocia y se gestiona ante los ojos de ciudadanos claramente implicados.

3.4. Hacia la glotopolítica de mañana

Diversos factores se dan cita para permitir pensar en otra glotopolítica más allá de las obligadas alternativas de la debilidad y la fuerza. El primero y esencial es la toma de conciencia internacional del derecho a prácticas lingüísticas negociadas, garantizadas y auténticas. Y en paralelo, y no sin relación causal, la mayor relevancia de la sociolingüística. También disponemos de mejores herramientas que antes para evaluar los instrumentos y las direcciones de una glotopolítica adecuada al mundo tal como es.

No son las comisiones ni las decisiones ministeriales ni los recursos jurídicos lo que movilizará a las fuerzas reales hacia la cuestión de la lengua ni lo que aportará las soluciones de interés general. El estado actual de la reflexión lingüística permite al especialista intentar diseñar las vías de elaboración glotopolítica del futuro. De entrada, el esfuerzo de descripción de prácticas lingüísticas reales ya se ha emprendido y se debe intensificar. No es por casualidad que N. Gueunier, después de haber publicado junto con otros *Les Français devant la norme* (1979), se haya encargado del artículo sobre Francia en *La crise des langues* (Maurais, 1985).

N. Gueunier (1985) observa el aumento de la brecha entre la competencia activa y la competencia pasiva. En lugar de denunciar — como está de moda — “a los medios”, “al teléfono” o “a la informática”, es importante constatar esta característica de la comunicación moderna: el gigantesco aumento de los públicos oyentes y, en menor medida, lectores. La proliferación ha sido espectacular, del teatro al cine y de ahí a la televisión. Lo mismo ocurre

con el debate electoral, de las campañas en la vía pública de hace treinta años a los grandes shows Giscard-Mitterrand. En lugar de una condena que no significaría nada, la actitud glotopolítica realista reside en considerar el equilibrio entre competencia lingüística activa y pasiva: ¿qué lugares de interacción favorecer y para qué funciones sociales de cara a luchar contra la tendencia a la división entre una minoría de especialistas en el uso público de la palabra y una mayoría creciente de simples receptores?

Además, notemos que los lingüistas ya no dudan en comprometerse sinceramente contra el “sentido común”. De hecho saben que están equipados para hacerlo. Así, para J. Maurais (1985), “todo el mundo parece estar de acuerdo en que la democratización, en sí misma y en general, es buena, excepto cuando toca a la lengua. Se querría que esta última fuera inmutable e igualmente respetada por todos los grupos sociales, como si fuera una entidad exenta de variación”. Podemos interpretar estas líneas así: una acción glotopolítica moderna no puede consistir en la generalización del “francés nacional” — una puesta en valor del francés del siglo diecisiete que se hizo en el siglo diecinueve en beneficio de la burguesía — sino un esfuerzo por la comprensión del *nuevo francés*.

Este francés será necesariamente un francés del mundo del trabajo, dicho esto sin ningún populismo (*mundo del trabajo* no significa “bar de la esquina”) sino con el objeto de registrar el hecho ya mencionado de que la producción moderna *pasa aun más intensamente por el lenguaje*, del cheque a la computadora, así como el corolario de que los intelectuales, ya no encajonados en la pequeña franja de las profesiones liberales, pertenecen ahora mayoritariamente a estratos asalariados y en gran medida implicados en el proceso de producción. Estos hechos tienen importantes consecuencias para la nueva realidad de las prácticas lingüísticas en el marco de la revolución científica y técnica y de la emergencia de nuevos modos de producción.

Este nuevo francés capturarán necesariamente el hecho de que la *palabra circulante*, tema de una encuesta recientemente realizada por el CREDIF (Lehmann, 1985), está profundamente atravesada por el plurilingüismo. Por medio de las noticias, del correo postal y de las ondas, las lenguas extranjeras consiguen atravesar las vías más atascadas. Como hace notar N. Gueunier (1985), asistimos a una verdadera *relativización* de la lengua nacional por medio a la vez del viaje y los medios de comunicación. La posición justa no puede ser una actitud de purismo cerrado. Notamos igualmente que las lenguas estudiadas por los niños son mayoritariamente lenguas vivas en detrimento de las clásicas. Son por tanto lenguas habladas en un afuera cada vez más accesible y que penetran más y más nuestro espacio nacional.

Las nuevas condiciones lingüísticas también suponen una toma de conciencia sobre las minorías, tanto en relación con su especificidad lingüística como identitaria. Se asiste además a una verdadera crisis de los sustratos. El estado de muchas hablas regionales está *objetivamente* más deteriorado que nunca, pero *subjetivamente* el deseo, la valoración de las hablas regionales es mucho más fuerte que en los años cincuenta. Además, el fenómeno *árabe* nos obliga a considerar la existencia de francófonos, con frecuencia franceses, de sustrato indeterminado (padres que hablan árabe dialectal o bereber, parcialmente francófonos).

El estudio de este nuevo francés capturarán también el hecho de que la prolongación de la enseñanza, los nuevos derechos de los trabajadores y las distintas mutaciones del mundo contemporáneo hacen ingresar en el mercado de intercambios lingüísticos regionales a grupos que hasta ahora dependían sólo de la oralidad y estaban excluidos de los circuitos de la palabra legítima. De ahí las referencias, las formaciones discursivas y las prácticas lingüísticas nuevas, tal como muestra B. Gardin sobre el discurso sindical (1976) y Gardin-Baggioni-Guespin (1980).

La transformación de las prácticas lingüísticas también está relacionada con el hecho de que la distinción entre lo privado y lo público a veces se pierde y a veces se desplaza. Morir ya no es exclusivamente un asunto familiar sino también una cuestión administrativa y técnica

en la que intervienen la Asistencia Pública y la Seguridad Social. La radical división entre el lenguaje microestructural, de la célula familiar y de la autoestima, y el lenguaje oficial, lenguaje universalizante de lo administrativo y nacional, está menos clara, incluso para las elites: el recurso legítimo o tolerado al argot, al uso familiar, a la grosería en las relaciones que hasta ahora excluían tales formas; el estilo oral del aula, de las presentaciones, de las conferencias en congresos pronunciadas antes en un francés que se sostenía sobre la distinción oralidad-escritura. Se prefiere con diferencia el “resumen ejecutivo” al congreso. La naturaleza de las interacciones verbales que se investigan ha cambiado claramente. El estudio de las emisiones radiofónicas emprendido en el marco de la encuesta del CREDIF (Lehmann, 1985) ya es prometedor en este sentido.

Al estudiar el contexto social contemporáneo para responder a la cuestión de la supuesta crisis del francés en Francia, N. Gueunier (1985) menciona también el rol social de las mujeres. En tanto que las encuestas sociolingüísticas establecieron que las mujeres estaban más ligadas a la norma que los hombres, se puede pensar que este parámetro debería oponerse a mucho de lo que hemos dicho anteriormente. Queda objetar que esto sólo se produciría *en una situación en que la norma fuera clara y única*. De hecho, asistimos igualmente a una *crisis de la instancia normativa*, factor quizás esencial pero gravemente ignorado por las investigaciones y no percibido por el público. El concepto de *estratos culturalmente hegemónicos* (J. B. Marcellesi 1976b y 1979) ha surgido en parte del estudio de esta crisis. En Francia la construcción de instancias normativas hegemónicas ha sido objeto de un proceso voluntarista de larga duración. Se puede decir que el edificio está construido sobre la Tercera República. En la actualidad estas instancias oficiales o más o menos cubiertas por la autoridad ministerial están en crisis.

Y son minadas desde el interior. Están bastante balcanizadas (AFNOR, FRANTERM, CILF, etcétera) y las antiguas formas de gestión han perdido el prestigio: la Academia Francesa, el Littré o la “gramática” pierden su valor de referencia en beneficio de instituciones menos controlables. El interés por conocer las “reglas de la gramática” y la ortografía queda relativizado por la crisis de la enseñanza y las formas de control. La misma diversidad de las instancias que formulan sus normas y la variedad de modalidades de control han modificado la relación con la norma percibida cada vez más como relativa y, por lo mismo, arbitraria y opcional.

Las instancias normativas y glotopolíticas tradicionales se enfrentan también a la competencia, desde el exterior, de medios sobre los cuales no pueden imponerse. Pensemos en el rol del directo como factor importante en la relajación del respeto a la norma. La información en directo, sobre todo en el deporte, impone diversas novedades: evidentemente, abandono de la distinción oralidad-escritura, pero también, bajo la influencia de la emoción o precisamente para transmitir y crear emoción, la adopción de un tipo de interacción verbal que recrea la presencia del interlocutor. R. Couderc, apóstol del rugby en televisión, ha jugado sin duda un papel importante en este dominio, pero los radioreportajes, del Tour de France por ejemplo, han abierto el camino. Esta innovación no se ha limitado a los deportes. Si los grandes cara a cara son todavía ocasión de un relativo dominio del francés académico, los debates entre muchos interlocutores, los análisis en caliente o las mesas redondas son ocasiones que convocan a una gran audiencia a interacciones completamente informales. Una emisión reciente ha dado la ocasión de entregarles las ondas a periodistas ebrios.

Dados los índices de audiencia de la radio y televisión y la media de horas que se les dedican, se puede pensar que el lugar de producción de la norma lingüística se está desplazando. Frente a las *instancias oficiales de normativización* dominantes casi sin competencia hasta los años cincuenta, los *grupos culturalmente hegemónicos* que se desarrollan son esencialmente los que tienen asegurado el acceso a los medios de comunicación. La lucha contra este monopolio pasa por la investigación del acceso de todos

los estratos sociales a la gestión y a la expresión en los medios. Se puede esperar mucho de las nuevas tecnologías (televisión por cable, módem, etcétera) si crean la oportunidad de luchar por la palabra de todos con el fin de reducir la división observada entre competencia activa y competencia pasiva. El sistema académico precedente, con sus instancias prestigiosas, era todo menos democrático, pero su rigor y carácter monolítico hacían difícil su cuestionamiento. La anarquía normativa, la variabilidad y la sensibilidad ante los modos que hoy caracterizan los grupos culturalmente hegemónicos los harían más vulnerables a una reivindicación glotopolítica popular.

Una acción glotopolítica adecuada no puede eludir tener en cuenta estas tendencias y estas correlaciones de fuerza. Falta apreciarlas de manera no subjetiva. Si hemos podido abordar estos problemas, es ciertamente porque el *movimiento de prácticas lingüísticas* es más rápido que nunca, pero lo es también porque la sociolingüística de hoy permite plantearlos. Para luchar contra los prejuicios arraigados, para cuantificar las tendencias observadas, para establecer modelos que sean aproximaciones correctas al juego de fuerzas que están operando, el análisis glotopolítico tiene mucho trabajo que hacer. No obstante, incluso teniendo en cuenta estas lagunas, la sociolingüística es, en materia glotopolítica, la única fuerza propositiva que se apoya en la teoría para escapar del empirismo y de las soluciones cortoplacistas e improvisadas. Es, en tanto que la única ciencia de este dominio, la fuente de explicaciones predictivas.

4. El análisis glotopolítico

Vamos a referirnos primero a los hechos glotopolíticos que hay que analizar y luego pasaremos a los instrumentos de análisis de que disponemos. Después indicaremos cómo se pueden aprovechar los frutos del análisis y cómo los equipos sociolingüísticos comprometidos con el análisis pueden vislumbrar su rol como *consejo de glotopolítica*.

4.1. El análisis de la práctica glotopolítica

Para analizar la práctica glotopolítica en un momento y lugar dado, la sociolingüística debe recoger datos sobre los actores y las instancias.

4.1.1. Los actores

W. Labov se interesa por varios tipos de comunidades lingüísticas, desde los guetos negros hasta la pequeña isla de Martha's Vineyard. Sin embargo, con frecuencia, las lecturas rápidas de su obra reducen las conclusiones al papel esencial de la "middle class", de la cual sólo sabemos que es una etiqueta práctica. La exclusión de los conceptos del análisis social del marxismo es lamentable: en materia de sociolingüística, los conceptos de clase dominante, ideología dominante y clase obrera (incluso teniendo en cuenta los problemas de definición y comprensión que la clase obrera presenta al marxismo en la actualidad) son necesarios. Otros instrumentos descriptivos forjados en Francia para la realidad social francesa: el ya mencionado concepto de *estructuras de sociabilidad*, y también la atención prestada por la sociología contemporánea al *colectivo de trabajo* y al *experto en bruto o experto por experiencia* como interlocutor necesario para el *experto científico*.

Una respuesta prematura en relación con las fuerzas glotopolíticas, a las formas activas *hic et nunc*, no sería sino un postulado. La sociolingüística debe colocarse en posición de saber qué fuerzas, descubiertas a partir de la matriz de análisis, se pueden discernir hoy en día. En Francia por ejemplo, fuerzas de conservación glotopolítica, fuerzas de innovación, fuerzas admitidas a la negociación y fuerzas excluidas de esta negociación. El concepto de grupo

culturalmente hegemónico es sin duda operativo en la actualidad. Aun así, la investigación sociolingüística debe desarrollar el marco aquí planteado.

En ausencia de este estudio, los propósitos serían vagos. ¿Quiénes son exactamente los intelectuales responsables de los procesos de identificación lingüística (J. A. Lefevre, 1979)? ¿Cuáles son los agentes propagadores de antinormas? ¿Cómo intervienen estos agentes en los conflictos normativos, con qué autoridad, qué sustento y qué éxito? Un ministro que propone *bouter* en vez de *bulldozer* cree estar normalizando. Pero ¿se lo entiende? Un periodista que lanza una supuesta “palabra al viento” fabricada al instante para crear un evento, ¿está mejor situado para tener éxito en la operación neológica? ¿Cómo se lanzan y relanzan palabras, afijos o estructuras sintácticas? Recordemos en este momento los trabajos emprendidos antes de su desaparición por L. Guilbert (Guilbert *et al.*, 1974; Guilbert, 1975).

Normas fonológicas y morfológicas. ¿Es necesario distinguir entre dicción política, dicción mediática y dicción tecnocrática? ¿Cuáles son las fuentes: Sciences Po, la ENA, la Casa de la Radio o las escuelas de ingeniería? ¿Existe un *melting pot* mediático que normaliza a la vez a los graduados de la ENA, a los gurús filosóficos y a los políticos televisivos? Creemos que algo se mueve en este sentido, que la fonología y la prosodia del francés están desestabilizadas; y ciertos trabajos (por ejemplo B. Laks, 1980) sacan a la luz nuevos hechos. ¿Cómo son sentidos y transmitidos estos hechos de innovación fonológica (por intelectuales de menos vuelo, por aparatos políticos o por las iglesias)? ¿Cómo y en qué medida se adoptan, constituyendo poco a poco una nueva norma, relativamente engañosa, en materia de acentuación, de la *liaison*, etcétera?

Acabamos de mencionar muy brevemente las fuerzas activas. Pero es importante no olvidar lo que nos gustaría llamar agentes pasivos. Frente a los difusores de nuevas normas, hay individuos, grupos o colectivos a quienes un cierto consenso social les atribuye tácitamente ser portadores de una norma. Hay otras formas de pasividad operativa que deben ser tenidas en cuenta. Ante la actividad desplegada por diversos agentes (como las familias, parientes, entorno, barrio), hay actitudes de rechazo que también tienen consecuencias glotopolíticas: los especialistas en lenguas minorizadas citan con frecuencia el caso de padres que se niegan a transmitirles a sus hijos la lengua regional. Esta actitud de los hablantes de “patois” se halla también hoy día en los entornos inmigrantes con consecuencias frecuentemente graves: los padres, que aprenden en el trabajo y ya a edad avanzada la lengua de acogida, crean una jergonza familiar más peligrosa para la adquisición de las estructuras lingüísticas por parte de los niños que todo lo que puedan predecir los detractores del bilingüismo. Los fenómenos del *auto-odio*, en expresión de los catalanistas, deben ser estudiados no sólo en el marco de las lenguas regionales sino también en el de la inmigración. Esta crisis lingüística puede llegar a producir graves dificultades identitarias.

4.1.2. Las instancias

La referencia a instancias glotopolíticas suele ser apasionada. Pensemos en los litros de tinta que ha hecho correr la Academia Francesa. Desdén y rencor son tan comunes que renunciamos a ofrecer una bibliografía del asunto. Podemos decir que la menor frecuencia de estos ataques en la actualidad es un indicio del declive de la Academia Francesa como instancia glotopolítica. Los ataques contra la gramática escolar son más recientes y más vivos. Véase el libro de Chervel (1977).

Con frecuencia la pasión se expresa “en estado puro”. Es el caso de numerosos trabajos que oscilan entre la vulgarización más o menos controlada de la lingüística y el panfleto o testimonio “anclado en lo vivencial”. Sabemos que la televisión y los editores prefieren estas novelas lingüísticas antes que el rigor de nuestra disciplina. No deja de tener interés la reciente promoción mediática de ciertas obras que pretenden ofrecer un panorama de la lingüística francesa y curiosamente silencian a las más grandes personalidades y equipos de

Francia. Hemos notado la distinción hecha por M. Godelier (1985) entre la *puesta en valor de la investigación en ciencias humanas y sociales* y “la vulgarización de acuerdo con el modelo presentado en ciertos medios”.

Normalmente la actitud desapasionada sólo ha aparecido como resultado de la negación de la utilidad social. Es el caso de los lingüistas del siglo diecinueve. Es también el caso más frecuente de los estructuralistas y los generativistas. Aunque hay excepciones. Cuando Martinet (1969) se plantea la cuestión de las *posibilidades del francés*, se arriesga, armado sólo de los medios de la lingüística estructural, con una tentativa de previsión social: un trabajo glotopolítico *avant la lettre*. Sin embargo, generalmente, el descriptivismo estructuralista y el modelado generativista han dejado en definitiva que se exploten sus resultados en el sentido de una ideología “científica” de la norma por encima de lo social. Por tanto, la propia lingüística, a pesar del carácter imparcial de sus postulados, ha podido ser explotada como instancia glotopolítica o al menos como fuente de legitimación para las acciones glotopolíticas.

Habría que proceder a hacer una historia, a la vez “imparcial” y atenta, de la dimensión social de las instancias glotopolíticas. El estudio sincrónico se ocuparía de decir cómo funciona un sistema de regulación glotopolítica y el estudio diacrónico de cómo nacen, se transforman y mueren las instancias. Esta investigación implicaría la enumeración y estudio de los *modos de difusión* de las políticas normativas: medios de presión, medidas de incentivación o sistemas de precios. La enseñanza sería estudiada a la vez como testigo de instancias normativas y como instancia específica dotada de su propio sistema de prescripción, incentivación y represión. Habría que estudiar el rol de los ministerios y el de los cuerpos intermedios como la Inspección General.

Queda ver cómo todo eso constituye un sistema en diversos puntos del tiempo y del espacio: ¿por medio de qué jerarquía de instancias actúa la sociedad sobre las lenguas, las hablas y el discurso? Pero también cómo se autorregula el mercado lingüístico en las sociedades que confían en un cierto grado de liberalismo glotopolítico: cómo crea sistema la ley del mercado. Haría falta el estudio de políticas editoriales, de la penetración de prácticas dominantes y de compromisos lingüísticos. Sin recurrir abiertamente ni a la incentivación ni a la restricción, ¿qué resortes ideológicos desarrolla el liberalismo para justificar en la razón, legitimada, su dinámica de mortandad lingüística y culturas minoritarias? Se ha señalado a menudo el recurso a la folclorización: el liberalismo ubica en el lugar de lo pintoresco las formas de resistencia.

4.2. Las herramientas de análisis

Toda ciencia en crisis de desarrollo ha de enfrentarse a la proliferación de ramas: variedad de terrenos y variedad de problemáticas. La sociolingüística debe hacer un inventario de sus herramientas de análisis y reunir las en una síntesis de entrada forzosamente aproximativa. La propia demanda social, cuando se cree y se exprese, ayudará a producir una síntesis en la que las distintas ramas de la disciplina estén mejor integradas.

Los terrenos son legítimamente diversos. La existencia misma de la sociolingüística constituye un reclamo: tomamos conciencia de ello en el primer coloquio internacional de sociolingüística celebrado en Francia (Gardin, Marcellesi y le Grecso 1980). Así, la cuestión de las lenguas minorizadas ha dependido desde hace tiempo de aproximaciones que se comunican muy poco entre sí. Se constatará este defecto al retomar los trabajos ya un poco antiguos de la criollística, la dialectología o la lingüística aplicada a las lenguas “regionales” y minoritarias. En la actualidad, se desarrolla una problemática unificada y las aproximaciones se confrontan y se enriquecen. Aún quedan enormes lagunas, a la vez legítimas y peligrosas. Es normal que las “grandes lenguas” sean objeto de estudios específicos y que haya organismos que se preocupen de su equipamiento, difusión y promoción, pero nuestra

intervención mantiene que esta rama de la lingüística aplicada no será verdaderamente científica y operativa sino cuando sepa conectarse con la problemática de las lenguas minoritarias y las diversas prácticas discursivas. El francés no existe afuera de una relación, complementaria y contradictoria, con las lenguas minoritarias registradas en el dominio francófono, ni fuera de una relación entre el estándar y la realidad de las prácticas lingüísticas.

La sociolingüística es para la lingüística el medio de recuperar la dimensión social. De la fonología a la estilística, todo estudio de prácticas lingüísticas debe necesariamente combinar parámetros lingüísticos y parámetros sociales. Le hemos rendido tributo al periodo de edificación del método estructural, pero la coyuntura epistemológica se conecta perfectamente hoy día con la coyuntura política internacional: la sociolingüística constituye cada vez más el centro federador, el lugar de vida del desarrollo disciplinario de la lingüística, al tiempo que el movimiento de las sociedades impone, en todo el mundo, el recurso a acciones glotopolíticas abiertas y científicamente informadas. La lingüística social es la respuesta a este problema de la sociedad.

5. Hacia la acción glotopolítica

5.1. Los medios de la glotopolítica

¿Cómo hacer que los hablantes se impliquen en el debate y en las decisiones glotopolíticas? Podríamos acudir a la demagogia al ser la ignorancia sociolingüística una de las cosas mejor repartidas del mundo. Sin embargo, los planificadores lingüísticos son conscientes de la necesidad de despertar el interés de la gente. Sobre la gestión lingüística, L. Lebel Harou escribe: “Es por lo menos difícil si no imposible llegar a un consenso popular sobre cuestiones lingüísticas si la situación no puede ser descrita de forma suficientemente convincente como para movilizar la conciencia popular”. ¿Pero podemos convencer sin capacitar a la gente para comparar y juzgar? La masa de hablantes debe estar en condiciones de eliminar los factores que falsean la percepción: el auto-odio y la evaluación distorsionada de la diferencia; la confusión entre norma valorada y norma usada; la creencia en el valor de verdad de las herramientas necesarias pero necesariamente reductivas e inmovilistas (gramáticas, diccionarios, etcétera). Creyendo evaluar las prácticas lingüísticas, los hablantes responden bajo los dictados de una ideología que no controlan.

5.2. ¿Glotopolítica iluminada o autogestión lingüística?

Demos por conquistada la aceptación de una acción glotopolítica democrática. Nos queda por plantear la cuestión de los actores de la glotopolítica, y para ello se debe comparar dos concepciones de la democracia: la democracia representativa, con delegación del poder, y la democracia autogestionaria.

Por comparación con la glotopolítica practicada en nuestros días en la mayoría de los estados, política de cenáculos y lobbies, es fácil imaginar el progreso que significaría una acción glotopolítica simplemente científica organizada y basada en la voluntad popular. Nadie se quejaría si la glotopolítica del futuro se basara en campañas de sensibilización e información lingüística y una amplia recolección de datos, opiniones y necesidades; y si otorgara a los sociolingüistas su justo lugar. Sin embargo, todavía se trataría de una delegación de poder, y nuestras democracias modernas, corroídas por la burocracia y la confusión de modos de producción, conocen bien el costo de las disfuncionalidades imputables a este principio. Con el mismo costo social, en términos de investigación a partir de encuestas y de movilización, se puede vislumbrar una mejor respuesta a la necesidad social a través de una glotopolítica de autogestión lingüística.

5.3. Hacia la autogestión lingüística

A veces se prefiere de manera explícita la planificación a la confianza en la responsabilidad de los actores. Se tiene miedo abiertamente a verse sobrepasado por el proceso. *L'état et la planification linguistique* (Martin 1981) hace un retrato valioso de las diversas inquietudes de los políticos: “Generalmente ya no es cuestión de responder a los problemas de la diversidad lingüística por medio de una cierta descomposición del poder del estado, sino al contrario por un nuevo uso de los medios jurídicos disponibles” (A. Prujiner, 1991). Sin embargo, es interesante ver cómo L. Dion (1981) menciona en el artículo anterior de la misma obra el carácter peligroso de la planificación lingüística: “si a pesar de todo, nos decidimos a recurrir a la planificación lingüística, es porque estimamos que los riesgos de subversión nacional son todavía más grandes si nos abstenemos que si actuamos”. La política de la lengua, si la dejamos en manos de los políticos, está necesariamente atrapada entre dos imperativos, de lo cual frecuentemente resulta una reticente política de mínimos.

De hecho, ¿dónde opera, en nuestros días, la reglamentación lingüística sobre el mal menor? Finlandia es un caso interesante de gestión flexible y planificada del bilingüismo (Gambier, 1985). En condiciones muy distintas y con las reservas que hemos formulado, es también el caso de Quebec. ¿Es casualidad? Se puede pensar que el carácter relativamente más directo de la democracia es un factor para alcanzar una reglamentación glotopolítica menos mala que en otros lugares. Por otro lado, si tuviéramos que nombrar un país que, en una situación glotopolítica objetivamente difícil, consigue unir vigilancia y tolerancia, diríamos Yugoslavia (D. Creissels 1980). Sin practicar una autogestión lingüística sistemática, este país ofrece un clima glotopolítico excepcional. Ahora bien, está comprometido desde hace tiempo en la vía de la autogestión económica.

Cualquier país, cualquiera que sea su tamaño, posee microestructuras. B. B. Khleif (1979) escribe del País de Gales que “participa de un sentimiento común en el mundo entero de hostilidad hacia las grandes unidades y a su corolario: la administración impersonal, huidiza o tentacular. Dicho brevemente, hostilidad hacia las presiones banalizantes y deshumanizadoras de la sociedad industrial moderna, a la degradación y a la manipulación de la gente en nombre del beneficio comercial, a la ruina de su dignidad por las estructuras impersonales”. El autor plantea el problema de la comunidad (a la vez *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*) como lugar necesario de estructuración, intermediario entre las relaciones de producción y el individuo. Es conocido el trabajo de nuestro grupo sobre microestructuras (hablante colectivo, individuación, estructuras de sociabilidad, comunidad de trabajo). Es decir, nuestra plena adhesión a la afirmación de Khleif.

No podemos dejar de mencionar un vínculo entre glotopolítica y conflicto político. De hecho es difícil no vincular autogestión lingüística y autogestión económica. Los intelectuales juegan su papel, sobre todo en el proceso de identificación histórica, pero ¿cómo no constatar que la innovación glotopolítica verdaderamente asumida, la única que no aliena a nadie, es aquella en la que se empodera a las masas? Se debe notar la relativa naturalidad glotopolítica de las comunidades menos desestructuradas: cuando el tejido comunitario está mejor conservado, por razones históricas o geográficas, las comunidades regionales pueden aprovecharse más fácilmente de la corriente, finalmente reconocida en Francia, de revalorización de las estructuras intermedias. Las comunidades muy desestructuradas por el colonialismo, la urbanización desordenada, el turismo, la industrialización salvaje, etcétera tienen más dificultades. Necesitan valorizar el lenguaje, que también está amenazado, más o menos “en ruinas” como último testigo de la identidad histórica a partir de la cual se puede edificar la identificación moderna.

Es evidente que en una política autogestionaria la dimensión geográfica no es el único factor. La vida social está compuesta de un número considerable de estructuras que se imbrican, se entrecruzan y se interpenetran. La personalidad social es una intersección. El

término de alienación es finalmente inevitable y, como tal, conforme a la investigación final de Marx, más allá de todo economismo: la realización del individuo integral. Es una causalidad múltiple lo que está en el origen del proceso permanente de formación de la individualidad. Al tiempo que es ciudadano de un país, miembro de tal clase social, de tal región o de tal grupo étnico, el individuo se forma en las diferentes estructuras de sociabilidad a las cuales en cierta medida ha escogido adherirse: prácticas religiosas, militancia política o sindical, colectividad de trabajadores, clubs o sociedades diversas. Todas estas estructuras, a su manera, deben ser tenidas en cuenta en el curso del tiempo. Son formadoras del individuo al tiempo que son individuos quienes las forman. Del mismo modo, inducen prácticas lingüísticas que estructuran el lenguaje individual, imponen el discurso de sus formaciones discursivas y, al mismo tiempo, por efecto de ida y vuelta, estas prácticas lingüísticas contribuyen de modo esencial a constituir las estructuras en cuestión.

Si la autogestión económica puede legítimamente privilegiar ciertas instancias, la autogestión lingüística exige que los diversos espacios de una vida inextricablemente social y lingüística sean tenidos en cuenta. Podemos dar algunos ejemplos. El primero es bastante general; el del trabajo. La revista *Société Française* (números 7, 8 y 9) publicó las actas de un coloquio sobre el trabajo (Paris 1983). Una de las líneas de discusión se interesaba por la *ampliación de la comunidad científica*. La cuestión de base es: “¿Bajo qué condiciones es posible el conocimiento del trabajo?” (Schwarz, 1983). ¿Cuáles son las condiciones de participación de los trabajadores en la comunidad científica dedicada a la investigación del trabajo? Cuestión fundamental si es verdad que el trabajador tiene conocimientos específicos no comunicables en el estado actual de las relaciones entre ergonomía y mundo del trabajo. Se verá que la elaboración de la cuestión así como las respuestas no son obvias. Sin embargo sabemos que la misma patronal, por razones que en esencia no tienen que ver con el florecimiento de la personalidad obrera, llega a plantearse tales preguntas: ¿Cómo medir el considerable margen entre trabajo prescrito y trabajo real; cómo informar un sistema de expertos, un robot; cómo asegurar la modernización, incluso desde el ángulo un poco cínico del robo de conocimientos al experto en bruto o por experiencia para aumentar los beneficios?

Desde el ángulo de una ergonomía más desinteresada, la cuestión queda planteada y adquiere un sentido más humano: ¿qué colectivo de trabajadores puede formar, con qué colectivo de investigadores profesionales, una nueva entidad que pueda realizar esta “comunidad científica ampliada” necesaria para una profunda comprensión del proceso de trabajo? Estas preguntas le conciernen evidentemente al sociolingüista. Bien sabemos cómo el sentido común hace de la no comunicación un asunto del lenguaje. Sea cierto o falso, esta respuesta demasiado rápida indica un problema y la necesidad de atención del lingüista.

Esta reflexión sobre la comunicación, la toma de palabra, la interacción entre el experto científico y el experto por experiencia sólo puede hoy día ser asegurada por fuerzas militantes de mundos en contacto. La autogestión lingüística provocaría la generalización de este diálogo, necesario para la expresión de experiencias concretas de los colectivos, para el enriquecimiento y el reajuste mutuos de la ciencia y de lo vivido, para la optimización del funcionamiento social.

Otro ejemplo, más concreto. La revista *Prévenir* acaba de dedicar un número a las relaciones entre lenguaje y medicina (octubre 1985, número 11). El proceso mutualista ha sido la ocasión para verificar hasta qué punto la sociedad necesita progresar en la comprensión de prácticas lingüísticas reales. Hay niveles de comunicación que se escapan a la información, otros que son perturbados por las normas simbólicas de los discursos considerados legítimos. Al reflexionar sobre el estudio de I. Oddone (1981) sobre el tema del ruido como riesgo profesional que afecta desigualmente según el valor simbólico del puesto de trabajo, Y. Schwarz (1985) nota que “en este caso, poner entre paréntesis la experiencia de los trabajadores como fuente potencial de inteligibilidad de las características específicas de la

situación laboral es renunciar a los medios para apreciar el valor y los límites de los conceptos que vamos a utilizar”. Por tanto, es necesario que los propios protagonistas “de algún modo enseñen el contenido de esta experiencia”. El mismo artículo concluye que hay necesidad de una *clínica de las situaciones de trabajo* que “intente definir con los hombres sobre el terreno las unidades pertinentes colectivas/entornos que el responsable clínico solo no habría podido anticipar”. Del conjunto del número de *Prévenir* se desprende la necesidad de comprender mejor las instancias de prácticas lingüísticas: aquí el lugar de la *reflexión médica sobre el trabajo* (ergonomía y medicina del trabajo), el lugar de la *reivindicación obrera* (en materia de seguridad y riesgos) y por la mejora de su eficacia, la dinámica de un *colectivo de trabajo* que confronta a los actores del debate. Se trata, si lo podemos decir de acuerdo con D. Faita (1985), de la constitución de un nuevo *hablante colectivo* legitimado. Y. Schwarz objeta que “esta zona de convergencia parece menos un *lenguaje común* que el lugar de un trabajo en común de formas específicas de cultura y de inclusión de unos y otros”. Cierto, pero esto no debe llevarnos a ignorar *la opacidad del lenguaje* que nota el número en su conjunto. El efecto del sistema es un efecto mayormente lingüístico. Los sistemas (los del discurso médico o los del discurso sindical) ofrecen matrices difícilmente revisables: renunciar a un término es arriesgarse a una revisión desgarradora. Hace falta mucha confianza de negociación y de invención para que se ponga en marcha un nuevo reglamento conceptual. Después aún habrá que encontrar los significantes para decir lo nuevo y asegurarse su resonancia más allá del colectivo.

Necesaria para las reglamentaciones lingüísticas del mundo moderno, la autogestión nos parece también el único modelo de acción glotopolítica que permite luchar contra el razonamiento metafísico. Incluso si es profundamente democrática, una glotopolítica que esté sólo en manos de expertos tiende a simplificar los hechos al *separar* las unidades contradictorias. Por eso creemos poder razonar sobre “el” francés, creemos que las lenguas se excluyen “naturalmente” la una a la otra, que las comunidades tienden “espontáneamente” al monolingüismo. Nada de todo esto es falso; es simplemente unilateral y por tanto incapaz de tener en cuenta el aspecto dinámico de las contradicciones lingüísticas. La atención a las prácticas lingüísticas, que resulta irrenunciable en una práctica de autogestión, sólo podrá respetar en profundidad esta dinámica real del lenguaje porque sólo ella creará las condiciones de diálogo permanente entre diversos colectivos sociales, y por ahí las mejores condiciones para la reglamentación lingüística. Es un camino difícil pero en definitiva necesario.

6. El presente número

Hemos tratado de circunscribir los problemas, con la esperanza de reunir artículos que traten algunas situaciones consideradas típicas. Al mismo tiempo queremos que se consideren problemas de teoría y método. D. Baggioni nos indica que ha habido glotopolíticas *avant la lettre*. También, Z. Muljacic plantea la cuestión de la identificación de las lenguas a partir del sistema de H. Kloss, que, muy utilizado en otros lugares, es ignorado en Francia, lo cual no es evidentemente inocente. En el mismo espíritu, Ghj. Thiers muestra qué aplicación se puede hacer del sistema de Kloss y Muljacic en el caso del corso. A este proceso de individuación sociolingüística, que tanto afecta a algunos lingüistas, nosotros oponemos, con el trabajo de A. Eliman sobre el árabe, el *no reconocimiento como otro* de algo que es lingüísticamente diferente y la teorización que a partir de esto se debe realizar. K. Bochmann presenta la glotopolítica de los países socialistas de Europa a la vez sobre el plano de la *intra lingüística* (cómo gestionar cada lengua) y el de la *interlingüística* (cómo gestionar el plurilingüismo). J. Maurais analiza la experiencia de Quebec, tan instructiva por tratarse de una situación donde

una lengua internacional, dominante en otros lugares, está en posición de inferioridad en un conjunto federal y se vuelve dominante por la voluntad política de uno de los estados federados. También hemos querido abordar, a través del artículo de L. Aubague, la *resistencia cultural* de las comunidades amerindias de México. Este fenómeno puede ser considerado un factor frecuente y subestimado, lo que explicaría evoluciones inesperadas. Finalmente, P. Van de Craen, a partir de las situaciones belga y occitana, nos propone un conjunto teórico y metodológico destinado a apoyar una glotopolítica científica. Otras situaciones deberían estar incluidas: las reservas de algunos especialistas que habían sido invitados indican quizás que hemos entrado en un terreno donde la intervención no está libre de riesgos.

7. En conclusión

Al final de esta exposición, hemos comprendido que la *utilidad social* es nuestro criterio de base. Esta selección no excluye a ninguna otra. Es legítimo que una lingüística especulativa, lingüística de postulados y/o modelos a priori, tenga sus especialistas, incluso si cincuenta años de tal práctica han dado lugar, a causa de un desarrollo no investigado pero previsible, a una crisis epistemológica y a la afirmación de la sociolingüística. Es igualmente inevitable que un normativismo ingenuo y acientífico siga su curso, amenazado no por nosotros sino por fuerzas que lo sobrepasan. Hay una sola eventualidad que nos chocaría: que las fuerzas lingüísticas desinteresadas por la realidad contemporánea se opusieran, por medio de los diversos resortes y sistemas de poder que les son propios, al encuentro entre las considerables necesidades sociolingüísticas de la sociedad moderna y las nuevas disciplinas que pueden ayudar a plantear problemas y buscar soluciones.

Bibliografía

- AVILA R., 1985, “La langue espagnole et son enseignement : oppresseurs et opprimés”, en Maurais, pp. 331-364.
- BACHMANN C., 1977, “Il les a dits devant lui”, *Pratiques*, n° 17.
- BALIBAR R., 1985, *L’institution du français*, PUF.
- BASTARDAS-BOARDA A., 1985, “La ‘crise de la langue standard’ dans la zone catalane”, en Maurais, 1985, pp. 365-370.
- BEDARD E. et MAURAIIS J. éd., 1983, *La norme linguistique*, Conseil de la langue française du Québec, et éd. Le Robert, 850 p.
- BENVENISTE E., 1974, *Problèmes de linguistique générale*, tome II (Gallimard).
- BOCHMANN K., 1985, “Pour une étude comparée de la glottopolitique des fascismes”, en Winther, 1985, pp. 119-130.
- CALVET L. J., 1981, *Les langues véhiculaires*, PUF, Que sais-je ?.
- CHERVEL A., 1977, *Et il fallut apprendre à écrire à tous les petits Français. Histoire de la grammaire scolaire*, Payot, 308 p.
- CREISSELS D., 1981, “Multilinguisme et politique linguistique en Yougoslavie et en particulier dans la région autonome de Voïvodine”, *L’État et la planification linguistique*, Office de la langue française, Gouvernement du Québec.
- DION L., 1981, “L’état, la planification linguistique et le développement national”, en Lamy 1981, t. 1, pp. 13-36.
- FAITA D., 1985, “Langage, idéologie, expériences”, *Prévenir*, Coopérative d’édition de la Vie Mutualiste, 5 rue d’Italie, Marseille.
- FRANCOIS F., 1982, “Ebauche d’une dialogique”, *Connexions* n° 38.

- GAMBIER Y., 1985, "Le district bilingue, pierre angulaire du bilinguisme officiel en Finlande", en Winther, pp. 201-208.
- GARDIN B., 1976, "Discours patronal et discours syndical", *Langages* n° 41, Larousse.
- GARDIN B., BAGGIONI D., GUESPIN L., 1980, *Pratiques linguistiques, pratiques sociales*, PUF.
- GARDIN B., J. B. MARCELLESI et le GRECSO, 1980, *Sociolinguistique : approches, théories, pratiques*, PUF.
- GLUCK H. et SAUER W., 1985, "La crise de l'allemand", en Maurais, pp. 219-280.
- GODELIER M., 1985, "À l'aube de la valorisation", *Courrier du CNRS*, juill.-oct.
- GUESPIN L., 1980, "Langage et travail, de l'anthropologie à la théorie de la personnalité", *La Pensée*, n° 209.
- GUESPIN L., 1984a, "Interaction verbale et catégorisation dans l'entretien", *Langages*, n° 74, juin 1984.
- GUESPIN L., 1984b, "Structures sociales et discours ; le problème de la causalité" communication au Colloque Soziolinguistische Variation (Leipzig), à paraître dans les Actes du Colloque.
- GUESPIN L., 1985a, "Les structures de sociabilité, un niveau d'analyse pour l'approche du langage", *La Pensée*, n° 244.
- GUESPIN L., 1985b, "Matériaux pour une glottopolitique", en Winther, pp. 13-33.
- GUESPIN L., 1985c, "Vers une autogestion du langage", *Prévenir*, Coopérative d'édition de la Vie Mutualiste, 5 rue d'Italie, Marseille.
- GUEUNIER N., GENOUVRIER E., KHOMSI A., 1978, *Les français devant la norme*, Paris, Champion.
- GUEUNIER N., 1985, "La crise du français en France", en Maurais, pp. 3-38.
- GUILBERT L., 1974, *La néologie lexicale*, Langages n° 36, Larousse.
- GUILBERT L., 1975, *La créativité lexicale*, Larousse.
- KAMINKER J. P. et BAGGIONI D., 1980, "La norme, gendarme et boue émissaire", *La Pensée*, n° 209, pp. 50-63.
- KHLEIF B. B., 1979, "Language as an ethnolinguistic boundary in Welsh-English relations", en Lamy, pp. 59-74.
- KREMnitz G., 1980, "Démarches et particularités de la sociolinguistique catalane", en Gardin, Marcellesi et le Greco, pp. 21-34.
- KREMnitz G., 1981, "Du bilinguisme au conflit. Cheminement de termes et de concepts", en Marcellesi 1981a, pp. 63-74.
- LAKS B., 1980, "L'unité linguistique dans le parler d'une famille", en Gardin, Marcellesi et le Greco, 1980, pp. 239-254.
- LAMY (ed.), 1979a, (ed.), "Language planning and identity planning", *International Journal of the sociology of language*, n°20.
- LAMY P., 1979b, "Language and ethnolinguistic identity ; the bilingualism question", en Lamy 1979a.
- LANDRECIES J., 1984, "L'enseignement du picard", *Par les langues de France*, ouvr. coll. sous la direction de H. Giordan, Centre G. Pompidou.
- LAPONCE J. A., 1981, "La distribution géographique des groupes linguistiques et les solutions personnelles et territoriales aux problèmes de l'Etat bilingue", en Martin 1981, t.1, pp. 83-106.
- LEFEVRE J. A., 1979, "Nationalisme linguistique et identification linguistique - le cas de Belgique", en Lamy 1981, pp. 37-58.
- LEHMANN D., 1985, *Recueillir la parole circulante : médiums, environnements*, Cahiers du français des années 80, n° 1, 232 p., CREDIF, ENS St Cloud.

- MARCELLESI J. B. et GARDIN B., 1974, *Introduction à la sociolinguistique. La linguistique sociale*, Larousse.
- MARCELLESI J. B., 1976a, "Analyse de discours à entrée lexicale", *Langages*, n° 41.
- MARCELLESI J. B., 1976b, "Norme et hégémonie linguistique", *Cahiers de linguistique sociale*, n° 1, Univ. de Rouen.
- MARCELLESI J. B., 1979, "Quelques problèmes de l'hégémonie culturelle en France : langue nationale et langues régionales", en *International Journal of the Sociology of language* n°21, pp. 63-80.
- MARCELLESI J. B., 1980, "Discours d'ouverture", en Gardin, Marcellesi et le Grecso, pp. 11-18.
- MARCELLESI J. B., 1981, "Bilinguisme, diglossie, hégémonie; problèmes et tâches", *Langages* n° 61, Larousse.
- MARCELLESI J. B., 1984a, "La définition des langues en domaine roman ; les enseignements à tirer de la situation corse", *Actes du Congrès de linguistique romane d'Aix en Provence*, vol. 5 sociolinguistique, pp. 307-314.
- MARCELLESI J. B., 1984b, "Actualité du processus de naissance de langues en domaine roman", communication au *Colloque Soziolinguistische Variation*, Leipzig, pendiente de publicación en Actes du colloque.
- MARCELLESI J. B., 1985, *Pour une Politique démocratique de la langue*, Editions de Terre corse, Impasse Bertin, AJACCIO.
- MARTIN A., 1981, *L'État et la planification linguistique*, Office de la langue française du Québec, t. 1 et 2, 175 y 236 p.
- MARTINET A., 1969, *Le français sans fard*, PUF, 221 p.
- MAURAI J. (ed.), 1985a, *La crise des langues*, textes colligés par Jacques Maurais, Conseil de la langue française du Québec et éd. du Robert, 490 p.
- MAURAI J., 1985b, "Introduction", en Maurais, 1985.
- MEISEL J., 1981, "L'identification du problème linguistique : données sociolinguistiques et commissions d'enquête", en Martin, 1981, pp. 57-82.
- MERIDA G. et PRUDENT F. L., 1984, "An langaj kréyol dimi panaché... ; interlecte et dynamique conversationnelle", *Langages* n° 74, Larousse.
- MERLE R., 1977, *Culture occitane : per avançar*, Editions sociales, Paris.
- ODDONE et al., 1981, *Redécouvrir l'expérience ouvrière*, Éditions sociales.
- PERL M., 1985, "La politique linguistique des États-Unis à l'égard de Porto Rico", en Winther, 1985, pp. 131-138.
- POOL J., 1979, "Language planning and Identity planning", en Lamy 1979, pp. 5-22.
- PRUDENT L. F., 1981, "Diglossie et interlecte", *Bilinguisme et diglossie*, *Langages* n° 61 Larousse.
- PRUJINER A., 1981, "Contraintes juridico-politiques inhérentes à l'intervention étatique", en Martin 1981, pp. 37-56, t. 1.
- PUIG-MORENO G., 1985, "Notes sur la politique linguistique au Québec, en Occitanie, en Corse, en Catalogne", en Winther 1985, pp. 81-88.
- RUIZ R., 1985, "La crise de l'anglais aux États-Unis", en Maurais 1985, pp. 147-188.
- SALAS-MARTINELLI A. P., 1985, "Glottopolitique et pratiques langagières. Tanger au Maroc et Valence en Espagne, deux expériences de l'évolution du plurilinguisme", en Winther 1985, pp. 189-200.
- SCHLAPFER, 1985a, (éd.), *La Suisse aux quatre langues*, éditions Zoé, Genève.
- SCHLAPFER R., 1985b, "Dialecte et langue standard", en Schlapfer 1985a.
- SCHWARTZ Y., 1983, "Une nouvelle communauté scientifique", *Société française*, n° 7, I.R.M., 64 bd Auguste Blanqui, Paris.

- SCHWARTZ Y., 1985, “Prévenir, soigner : le langage à l’ouvrage”, *Prévenir*, Coopérative d’édition de la Vie Mutualiste, 5 rue d’Italie, Marseille.
- SCHWARTZ Y. et FAITA D., 1985, *L’homme producteur*, Éditions sociales, Paris.
- SPINA J. M., 1979, “Adolescent attachment to Canada and commitment to bilingualism”, en Lamy 1979, pp. 23-36.
- TECHTMEIER B., 1985, “Influencer les comportements langagiers et/ou intervenir dans l’évolution de la langue”, en Winther, 1985, pp. 113-119.
- TORRACINTA C., 1985, “Préface”, en Schlapfer, 1985a.
- VALLERDU F., 1985, “À propos du bilinguisme de masse en Catalogne”, en Winther.
- VOLOCHINOV V. N., BAKHTINE M., 1977, *Le marxisme et la philosophie du langage*, Ed. de Minuit, 1977.
- VYGOTSKI L. S., 1985, *Pensée et langage*, Messidor Ed. Sociales.
- WINTHER A. (éd.), 1985, *Problèmes de glottopolitique*, *Cahiers de linguistique sociale*, n°7, Publications de l’Université de Rouen, 250 p.
- YANG PAN, 1985, “Problèmes du chinois contemporain”, en Maurais, pp. 409-440.

GLOTTOPOL

Revue de sociolinguistique en ligne

Comité de rédaction : Michaël Abecassis, Salih Akin, Sophie Babault, Claude Caitucoli, Véronique Castellotti, Régine Delamotte, Robert Fournier, Stéphanie Galligani, Emmanuelle Huver, Normand Labrie, Foued Laroussi, Benoit Leblanc, Fabienne Leconte, Gudrun Ledegen, Danièle Moore, Clara Mortamet, Alioune Ndao, Isabelle Pierozak, Gisèle Prignitz.

Rédactrice en chef : Clara Mortamet.

Comité scientifique : Claudine Bavoux, Michel Beniamino, Jacqueline Billiez, Philippe Blanchet, Pierre Bouchard, Ahmed Boukous, Pierre Dumont, Jean-Michel Eloy, Françoise Gadet, Monica Heller, Caroline Juilliard, Jean-Marie Klinkenberg, Jean Le Du, Marinette Matthey, Jacques Maurais, Marie-Louise Moreau, Robert Nicolai, Didier de Robillard, Paul Siblot, Claude Truchot, Daniel Véronique.

Comité de lecture pour ce numéro : Céline Alcade (Université de Montpellier), Carmen Alen Garabato (Université de Montpellier), Philippe Blanchet (Université de Rennes), Henri Boyer (Université de Montpellier), Alberto Bruzos (Université de Princeton), Barbara Cifuentes (ENAH, Mexico), James Costa (Université Paris 3), Juan Ennis, Juan Manuel Espinosa (Instituto Caro y Cuervo), Carlos Alberto Faraco (Brasil), Patricia Lambert (ENS Lyon), Monica Heller (Université de Toronto), Henrique Monteagudo (Université Santiago de Compostele), Benedicte Pivot (Université de Montpellier), Darío Rojas (Université Chile), Mariana Steiner (Université de Fribourg).

Laboratoire Dylis – Université de Rouen
<http://glottopol.univ-rouen.fr>

ISSN : 1769-7425

GLOTTOPOL – n°32 – juillet 2019
<http://glottopol.univ-rouen.fr>